

Memorias y autobiografías españolas

JOSÉ LINO BARRIO VALENCIA

Uno de los campos más olvidados por la crítica dentro de la literatura española, es el que corresponde a los distintos tipos de literatura intimista, personal, y entre ellos a las memorias y autobiografías. Es una de las zonas desérticas de nuestra literatura, según rezaba un editorial de la *Revista de Literatura* (IV; 1953, n.º 8), y eso tanto si nos fijamos en la producción crítica, como si lo hacemos en las mismas obras. Esta idea aperece insistentemente en todos los que de forma más o menos marginal se han aproximado al tema. Junto a ella, se repite también la comparación con otras literaturas (francesa, inglesa...) que cuentan con una amplia y afamada representación de este tipo de obras.

Sin embargo, estas opiniones tienen más de intuitivas que de sólidamente fundadas. Salvo la obra de Serrano y Sanz (1905) —con sus méritos y lagunas—, y la más cercana de R. Pope (1974) —que abarca hasta el siglo XVIII—, no se había abordado el trabajo de reunir en un corpus la producción autobiográfica española. Pues bien, un intento en esta línea es lo que me propuse realizar en *Ensayo de Bibliografía sobre Memorias y Autobiografías españolas de los siglos XIX y XX*¹.

Como en todo trabajo de búsqueda y selección, el primer paso a dar es fijar el objeto de la búsqueda, en este caso, determinar de algún modo lo que iba a entender por memorias y autobiografías. Tras repasar los estudios más significativos sobre el tema², acepté como hipótesis de trabajo los caracteres distintivos que Ph. Lejeune (1973) señala para la autobiografía:

¹ Trabajo (inérito) presentado como Memoria de Licenciatura en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, el año 1981.

² Serrano y Sanz (1905), G. de Torre (1970), R. Pope (1974), E. Suárez-Galbán (1973, 1975), R. Pascal (1960), G. Misch (1949-1969), F. R. Hart (1970), W. L. Howarth (1974), E. W. Bruss (1974), M. Beaujour (1977), Ph. Lejeune (1971, 1975, 1980).

- Forma del lenguaje: relato, en prosa.
- Tema: vida individual, historia de una personalidad.
- Situación del autor: identidad del autor (cuyo nombre remite a una persona real) y el narrador.
- Posición del narrador: identidad del narrador y del personaje principal; visión retrospectiva del relato³.

Para el autor francés estos caracteres no tienen idéntico valor, aunque hay dos que son siempre y totalmente exigibles: la identidad del autor y el narrador, y la identidad entre el narrador y el personaje principal. Los demás caracteres se suelen encontrar también en las autobiografías. De este modo se diferencian de otros géneros próximos: las memorias no tienen el mismo tema; las biografías no implican identidad entre narrador y personaje principal; la novela («personal») no presenta identidad entre el autor y el narrador; el poema autobiográfico no se presenta en prosa; el diario íntimo no tiene un punto de vista retrospectivo, y el autorretrato, además, no se considera relato.

La diferencia de la autobiografía con las memorias, como acabamos de ver, estriba en el tema tratado. En la primera el tema es la vida del autor-narrador-personaje, insistiendo en el desarrollo de la propia personalidad. En las memorias el tema puede ser muy variado. Quizás el rasgo esencial es que lo narrado esté vinculado de alguna manera con el autor-narrador. Esta vinculación puede ser muy estrecha, hasta el punto de hacer muy poco claros los límites con la autobiografía. El otro extremo se encontraría en las memorias en las que prácticamente se rompe la triple identidad. El autor y el narrador son uno mismo, pero el personaje principal puede ser otra persona con la que el autor mantuvo una relación más o menos próxima.

Con esta base era posible ya intentar establecer un corpus, marcado doblemente con un sello de provisionalidad. En primer lugar, provisional por el punto de partida teórico: la definición de Lejeune —y su extensión a las memorias— siempre la he tomado de modo flexible, precisamente para poder, a partir del corpus, comprobar su validez. La entiendo pues, como provisional y revisable⁴. En segundo lugar, es provisional por el mismo carácter

³ La definición que Ph. Lejeune da de autobiografía es la siguiente: "Récit rétrospectif en prose qu'une personne réelle fait de sa propre existence, lorsqu'elle met l'accent sur sa vie individuelle, en particulier sur l'histoire de sa personnalité" (1973, 138).

⁴ Ph. Lejeune señala los peligros de adoptar unos criterios rígidos: "Une fois décidé le choix du modèle, on constitue le "corpus" par un système d'exclusions: on jugera soit comme des échecs ou des cas aberrants, soit comme des éléments extérieurs au corpus, tout ce qui n'est pas conforme au modèle... Si les critères sont trop précis, on risque de schématiser les "horizons d'attente", d'être aveugle aux phénomènes voisins et à l'évolution historique" (1975, 323). Sin embargo, he mantenido la característica primera: "relato en prosa", que ha sido revisada por Romera Castillo (1981).

intrínseco de las bibliografías, por la imposibilidad de agotar las fuentes informativas en un período razonable de tiempo, y porque no he podido comprobar la naturaleza de todas las referencias que he encontrado. Sin embargo, dentro de los límites que me señalé, sí me atrevo a considerar *suficientemente representativo* el corpus de 451 obras que he reunido, aunque pueda ser cierto el viejo dicho de que ni están todos los que son, ni son todos los que están.

Teniendo estas obras a la vista se suscitan una serie de cuestiones. Incluso la más rápida lectura constataría la gran abundancia de las que tienen por tema alguna de las guerras que han jalonado la historia de los dos últimos siglos. Junto a ellas saltan también a la vista las escritas por políticos, con un matiz más o menos autodefensivo. Si hiciéramos una selección temática suprimiendo los dos apartados anteriores, veríamos que la relación mermaría considerablemente. Esto plantea un problema fundamental: en realidad, ¿se puede considerar a las memorias y autobiografías como «géneros literarios»? ¿Hay que tenerlas en cuenta dentro de la producción «literaria» de un país, de una época? ¿O no habrá que considerarlas más bien como documentos históricos sin interés literario? Dentro de la «literatura» tendrían cabida las memorias y autobiografías escritas por «literatos», y nada más. Esta viene a ser la postura de Guillermo de Torre: «¿Constituyen, pues, un género que con toda propiedad puede incluirse en los literarios? En principio no, porque su cultivo parecería estar reservado a los «no literatos» (1970, 597). Admite, no sin reticencias, a las memorias y autobiografías escritas por literatos profesionales como integrantes de un género literario. De los «no-literatos» opina que «sólo hacen literatura derivada... Lo memorable no son sus libros como tales, vistos con óptica rigurosamente literaria; lo memorable está en sus hazañas o aventuras... Si detrás de esos libros, y otros similares, no hubiera vidas colmadas, se limitarían a ser excrecencias extraliterarias» (1970, 598).

En principio, me parece un criterio poco válido y poco literario hacer depender el status de género literario de la categoría o profesión de los autores de las obras. Cuando habla de «óptica rigurosamente literaria» está superponiendo a la misma un determinismo profesional, de modo que un autor-literato producirá obras «memorables» vistas con tal óptica, mientras que el autor-no-literato producirá obras «no memorables», y eso si el tipo de vida que ha llevado le libra de engendrar una viscosa «excrecencia extraliteraria». Da la impresión de que G. de Torre, debido al especial carácter de estas obras, se ve en la precisión de establecer un límite entre lo literario y lo histórico, entre el texto literario y el texto histórico, y para ello

corta por el tipo de autores. Evidentemente el problema existe, pues en estos géneros se da una imbricación de «literatura» e «historia», pero no es necesario recurrir al bisturí para separar unos elementos que constituirán un rasgo decisivo del género.

El interés histórico de estos géneros es incuestionable. Pero igualmente son notables las relaciones que mantienen con otros géneros indudablemente literarios, como la novela. En este sentido no deja de ser interesante comprobar la opinión de un historiador. M. Artola cuando pasa revista a las memorias de la primera parte del s. XIX, no duda en considerarlas como género literario: «Informar de unos hechos, justificar unas conductas, son... los dos móviles que determinan la aparición de este género literario tras cerca de dos siglos de abandono». Hay que hacer notar que las memorias a las que se refiere Artola son las que antes hemos llamado de guerra y auto-defensivas, es decir, precisamente las producidas por no-literatos. Pero además Artola apunta la contribución que supuso este hecho al resto de la literatura: «Esta invasión de los profanos en las actividades literarias del momento no deja de tener su importancia, pues con ella se introduce momentáneamente una veta de realismo que aparece incrustada entre el pragmatismo racionalista y formal del XVIII y la fantasía romántica del XIX. Ninguno de los autores que cultivaron este género, y por sus obras aún menos los anónimos, se propuso hacer creación literaria, y el resultado son unas narraciones precisas y directas, despejadas de todo artificio y en ocasiones incluso desaliñadas, como de quien provienen, en que el valor del contenido supera siempre al de la forma» (1957, VI).

La «veta de realismo» de este tipo de literatura tiene un precedente próximo muy digno de tenerse en cuenta: la *Vida* de Torres Villarroel. «Dentro de la trivialidad de sus menudas circunstancias, o mejor dicho, gracias a esa trivialidad, la *Vida* de Torres tiene el mismo sentido y atractivo universales que el lector encuentra en la novela realista, pues a partir del siglo XVIII la universalidad y encanto de la novela consiste precisamente en que ésta viene reflejando la «vulgarización impertinente» de «todos los hombres juntos y separados». Con Torres ya estamos en el camino que lleva al arte de Don Benito el Garbancero, según Valle-Inclán llamaba a Galdós, aludiendo a la vulgaridad de su novelística» (R. P. Sebold, 1975, 50).

El realismo de Torres que consiste en la presentación de lo cotidiano, no es de la misma clase que el realismo al que se refiere Artola, producto de una parte de esas «narraciones precisas y directas», y de otra, del deseo de lograr una narración veraz, conforme con los hechos sucedidos. Pero también podemos encontrar esa «vulgaridad impertinente» en otros tipos de me-

morías, que intentan «poner a la vista de generaciones sucesivas lo que fueron sus abuelos o eran sus padres... empresa llana, pues sólo requiere memoria y buen deseo, porque a contar lo que vio alcanza la vieja más ignorante, y no es más alta la pretensión de que son expresión estos recuerdos» (A. Alcalá Galiano, 1878, I, 35). Cuentos de vieja, junto al fuego evocador de otros tiempos y otras costumbres...

Y con esto nos encontramos con una de las corrientes literarias del s. XIX que hay que poner en conexión con las memorias y autobiografías. El costumbrismo. En los *Recuerdos de anciano* recién citados, los primeros capítulos que describen el Cádiz y el Madrid de principios de siglo, se pueden considerar como verdaderas estampas costumbristas. Y, claro está, las memorias de Mesonero⁵. Creo que se puede observar una cierta confluencia entre el costumbrismo, aplicado a la observación de la realidad (aunque selectivamente), buscando lo castizo y oponiéndose a la falsa imagen que en el extranjero hay de España⁶, y el espíritu que anima a las memorias y autobiografías.

Otro dato que no hay que olvidar es que «la aparición de este género literario», tan vinculado a los hechos históricos, coincide con el desarrollo de la novela histórica desde su esplendor en el romanticismo, hasta el episodio nacional. La conciencia histórico-nacional que se refleja en la novela histórica, se puede ver también en las memorias y de una forma explícita en buen número de ellas. Es sabido, además, que Galdós usa como fuentes para sus novelas memorias de la época. La forma que utiliza en la primera serie de los Episodios es la forma autobiográfica, recogiendo moldes típicos de la picaresca, como deja bien claro en las primeras líneas de *Trafalgar*: «Al hablar de mi nacimiento, no imitaré a la mayor parte de los que cuentan hechos de su propia vida, quienes empiezan nombrando su parentela... Doy principio, pues, a mi historia como Pablos, el buscón de Segovia: afortunadamente Dios ha querido que en esto sólo nos parezcamos». La picaresca está en la mente de Galdós, pero también están los libros de «los que cuentan hechos de su propia vida».

⁵ Establece la diferencia entre la historia y lo que él pretende: "Mas como quiera que no sea tampoco su intención la de escribir historia... cumple a su propósito declarar que en estos relatos que prepara... sólo piensa ocuparse en aquellos pormenores y detalles que por su escasa importancia relativa o por su conexión con la vida íntima y privada, no caben en el cuadro general de la historia, pero que suelen ser, sin embargo, no poco conducentes para imprimirla carácter y darla colorido" (Mesonero, 1975, 23) "No pretendo escribir historia, sino pura y simplemente reseñar su parte ostensible y pintoresca" (203).

⁶ "Y para ello —dice Fernán Caballero en *La Gaviota*— es indispensable que, en lugar de juzgar a los españoles pintados por manos extrañas, nos vean los demás pueblos pintados por nosotros mismos" (55).

Si hasta ahora partíamos de la vertiente histórica de memorias y autobiografías, para afirmar desde ahí su vinculación con la literatura, a continuación veremos la otra vertiente, la que las conduce directamente al campo novelesco.

Se pueden imaginar las memorias y autobiografías en un punto intermedio entre dos polos: la realidad histórica y lo imaginario, el mundo de la fabulación. Al primer polo corresponden las obras históricas, al segundo las obras novelescas. Las memorias y autobiografías están fuertemente asidas a la realidad, pero con frecuencia se sumergen en el mundo de la fabulación. De nuevo encontramos en la *Vida* de Torres Villarroel un ejemplo en este sentido: «Corrían a esta sazón, con licencia de Dios y del rey, los papeles impresos de mi alcurnia, mi vida y mis quijotadas», dice al comienzo del Trozo quinto. Según la interpretación de Sebold (1975, 62), distingue Torres entre «mi vida», que equivale a lo real, lo histórico, y «mis quijotadas», que equivale a lo ficticio, lo literario. Como pone de manifiesto Sebold, hay en la *Vida* diversos elementos ficticios que se integran en el relato histórico.

Más cerca de nosotros está la producción histórico-literaria en torno a la última guerra civil⁷. En mi bibliografía he intentado recoger aquellas obras que presentan con mayor claridad el carácter de memorias, pero es muy difícil señalar los límites entre éstas y tantas novelas con el mismo tema. María José Montes (1970, 27), en un trabajo de características similares al mío, confiesa encontrarse con idéntico problema: «...al hacer un estudio de la creación literaria con tema bélico, surge la dificultad de qué es lo que verdaderamente podemos considerar como tal, y lo que entra de lleno en el campo de la historia; se mezclan los dos conceptos, en tanto que la historia se hace literatura, y al mismo tiempo en la manera de expresarse ciertos historiadores hay ambientación literaria. Este problema nos lo encontramos sobre todo en lo que se refiere a memorias, biografías y narraciones de hechos vividos realmente».

De sopesar la «veta de realismo» que contenían estas obras debido a su carácter histórico, pasamos a valorar los matices novelescos que en tantas ocasiones encierran. Como señala Pope (1974, 2) el hecho de adoptar una forma literaria implica la presencia en estas obras de elementos típicamente

⁷ Los *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España* (1936-1939), han dedicado tres volúmenes a recoger las memorias y autobiografías que inciden en este período. El criterio que adoptaron sus autores no es coincidente con el mío (se incluyen obras extranjeras, diarios, crónicas, etc.), por lo que en vez de remitirme simplemente a esa obra, entresaqué las que se ajustaban a mi punto de vista.

novelescos⁸. Dentro de esta línea es obligado citar a Corpus Barga. En sus voluminosas y desgraciadamente inacabadas memorias se observa con claridad el proceso que va desde el primer volumen, escrito en la forma clásica de las memorias, hasta el último, del que no se podría decir si pertenece a *Los pasos contados*, o es una novela autónoma. Da la impresión —como él mismo señala— de que a medida que se aplicaba a su tarea, el dinamismo de la escritura iba adueñándose e independizándose del autor —y de sus recuerdos— para crearse un mundo autónomo. El relato autobiográfico y el relato novelesco acaban por fundirse. En el prólogo de la edición de Alianza Editorial, se recogen las opiniones «teóricas» de Corpus. «Mis memorias —dice— se iban convirtiendo insensiblemente en novelas, no se trataba ya de presentar el recuerdo, sino de que se presentara él mismo... Empecé inventando novelas en las memorias y ahora invento memorias en las novelas de verdad con personajes de verdad a quienes he visto y conocido» (1979, I, XII-XIII)⁹.

Algo parecido expone Carlos Barral en las páginas iniciales de *Años de penitencia* (1975). Reflexionando sobre lo que en un principio pretendía escribir, y lo que finalmente resultó, duda en calificarlo «como un capítulo... de una especie de autobiografía o de algo tal vez más semejante a unas memorias», articulado siguiendo «el curso natural del recuerdo». Pero al mismo tiempo nos dice que «en un cierto aspecto, notas aparte, el libro quisiera alcanzar la dignidad de obra de ficción, por cerca que quede de la crónica y de la reflexión sobre hechos de la historia menuda». La oposición entre crónica y obra de ficción se basa, si no lo entiendo mal, en que la crónica configura un mundo que se pretende real, calco de lo sucedido, de lo fáctico, mientras que la obra de ficción no tiene en principio esa preocupación, sino que crea universos libremente. El carácter ficticio (en este sentido) que desearía Barral para su obra se basa en que «el alma del testigo... ha ido invadiendo inexcusablemente el relato, embrollando las digresiones, particularizando la anécdota, y, en definitiva, velando con un aliento subjetivo el propósito original» (10, 11).

⁸ "La adopción de la forma literaria implica ya una serie de elecciones: hay una enorme distancia entre vivir la vida y narrarla... El (autor) tiene que narrar, mediante un personaje principal que lo representa, aquellos aspectos que ha decidido comunicar sobre su vida... Para llevar a cabo el relato necesita también de un narrador, que expresa la visión del mundo que el autor ha llegado a tener con el transcurso de los años. Aquí está dada la típica situación novelesca: narrador, personaje, acción. Pero además encontramos la tensión del drama, pues ocurre que narrador y personaje se refieren a la misma persona histórica que mediante la forma literaria confronta y examina su pasado desde el ángulo al cual lo ha empujado la experiencia".

⁹ "Estas memorias de Corpus Barga constituyen una obra que evidencia, como las memorias y novelas de Rosa Chacel, la inanidad de la distinción entre autobiografía y novela autobiográfica, desde el punto de vista literario" (I. Soldevila, 1980, 39).

Otras muestras de la proximidad entre ambos géneros, hasta el punto de ser verdaderamente difícil el discernimiento, pueden ser las memorias de Pérez Escrich, de Escosura, de Mayoral, de Unamuno, de D. Fernández... Y por supuesto, no me refiero a las llamadas novelas autobiográficas o a los elementos autobiográficos que pueden encontrarse en las novelas, sino sólo a aquellas obras en las que se da —explícita o veladamente— el «pacto autobiográfico» (Lejeune).

Hemos andado, pues, el camino que va de Escoiquiz o Cevallos, a *Los galgos verdugos* de Corpus. El puente que une orillas tan lejanas no es otro que el pacto autobiográfico. Por medio de este pacto, se sabe que lo que vamos a leer es un relato en el que el autor, el narrador y el protagonista (caso de las autobiografías, no tanto en las memorias) son una misma persona, y que por lo tanto el relato alude a la realidad de una época, de una vida. Este pacto «general» presenta numerosas variedades: memorias justificativas, memorias sobre un personaje concreto, sobre un período concreto, sobre un asunto concreto... Y hay casos en los que el lector aborda un libro esperando encontrarse con unas memorias —su «horizonte de expectativas»¹⁰—, y se lleva una sorpresa, porque la obra en cuestión rebasa algunos de los límites implícitos en su horizonte. Desde un punto de vista teórico no hay dificultad para reunir en el mismo género obras tan dispares como las que pueden encontrarse bajo el epígrafe de memorias y autobiografías. Como tampoco las hay para considerarlas como género literario con una funcionalidad propia dentro del sistema literario. Ocuparía una posición limítrofe con otras series culturales como la historia, y dentro del sistema literario estaría relacionado con la novela.

He hablado hasta ahora indistintamente de memorias y autobiografías, aunque ya quedaron establecidas sus diferencias más importantes: la autobiografía se centra en el desarrollo de la personalidad del autor (narrador-protagonista), mientras que las memorias se fijan más en el entorno. No son una biografía del propio yo, sino el repaso de los recuerdos almacenados en la vida o de un momento de ella. Por eso puede haber memorias que se refieran sólo a un corto período de tiempo, o a un tema concreto (el teatro, la abogacía...), mientras que sería inusitado encontrar una autobiografía de ese modo restringida. Estas diferencias son claras —como siempre— en los casos extremos, pero muy poco discernibles en muchas otras ocasiones. Por eso no he llevado la distinción teórica a la práctica, y no he recogido por separado las memorias y las autobiografías.

¹⁰ Este concepto está tomado de H. R. Jauss (1976 y 1978).

Pero hay otra razón que me movió a no considerar la distinción establecida. No hace falta entrar en un estudio detallado para ver que el número de las posibles autobiografías es mínimo frente al de las memorias. Se confirma así, y por muy incompleta que sea mi bibliografía, la extendida opinión de que forman un género muy poco cultivado en nuestro país. Dos ejemplos me pueden servir para mostrar las principales características del género: en el siglo XIX la autobiografía de Blanco-White ¹¹, y en nuestro siglo *Vida en claro*, autobiografía de Moreno Villa.

Blanco White hace un resumen de su vida, «tan completo como lo piden las diversas y difíciles circunstancias de mi historia personal». En efecto, su narración se centra en sus propias vivencias, su situación religiosa y moral, aunque remite con frecuencia a otras obras suyas para evitar repeticiones. Los «recuerdos» que relata están siempre en función de explicar sus crisis (religiosas), y exponer las razones que le han movido a adoptar una determinada postura personal, etc. Esto es lo que le interesa a Blanco, y no el dar una panorámica de su época, ni el contar los momentos importantes que vivió, o esa intrahistoria menuda a la que aluden con frecuencia los autores de memorias. «No quiero que quede oculto nada —dice— de lo que se refiere a mi historia espiritual». Sus móviles fundamentales son dos, justificar su conducta: «la necesidad de dejar a mis amigos en posesión de la verdad de todos y cada uno de los sucesos más importantes de mi vida, para que después de mi marcha puedan refutar las calumnias y mentiras de mis enemigos»; y el testimonial: «me considero (humildemente según confío) como uno a quien la Providencia ha encargado una misión especial, la de dar testimonio de ciertas experiencias espirituales ante aquellos que puedan leer mis escritos».

Vida en claro —obra lírica y deliciosa— incide también en el desarrollo de la personalidad del autor. Los paisajes, el espacio físico se presenta por lo que tiene de relación con el autor: «Hay un mito del campo, como de muchas otras cosas; y en estas páginas no busco mitos, sino huellas. Levantar con mesura los velos del tiempo, para sorprender intacto lo que el campo grabó en mi carácter, es mi único propósito». Las peripecias de su vida sólo las narra en cuanto portadoras de significado: «¿Qué sentido tiene dentro de mi vida la estancia en Alemania?... Lo que quiero es saber —continúa— si Alemania ha influido en mi destino, en mi vida». Incluso los personajes

¹¹ La autobiografía de J. Blanco White la editó en 1845 John Hamilton Thom, con el título: *The Life of Reverend Joseph Blanco White, Written by himself with portions of his correspondence*. Cito por la ed. de A. Garnica (1975). A pesar de estar escrita en inglés, la he incluido en mi bibliografía.

—tan célebres— que aparecen en sus páginas están presentes no por su importancia histórica o literaria, sino por la importancia que tuvieron para el autor: «En este capítulo sólo caben aquellas figuras que determinaron algo en el curso de mi vida». En fin, todo en la obra obedece al mismo afán de autoauscultarse: «Desconozco el pensar filosófico, no sé expresarme en los términos debidos a la filosofía, pero esta tarea que tengo entre manos, y otras que tuve antes, obedecen a un ansia de conocimiento. En el caso presente, el ansia de conocerme, de saber cómo he sido y cómo soy»¹².

Se pueden comparar estas actitudes introspectivas con las que revelan *memorias* como las de Orueta, quien se siente obligado a disculparse «si en gran parte estas memorias pueden parecer algo como una autobiografía»; pues el relato de su vida es simplemente «el mejor método o plan aplicable a tan variado y heterogéneo surtido de recuerdos, bastante difíciles de ordenar de otra manera». Igual sucede con N. Estévez, que omite «cuanto sea personalísimo; guardaré para mí solo todo lo concerniente a mi familia, a mi infancia, a mis amores... Tanto o más que de mí, hablaré de los demás». Valero de Tornos es contundente: «yo no me cito ni me citaré nunca en estos trabajos». En fin, para Mesonero, el mayor obstáculo «es la necesidad imprescindible, fatal, en que se encuentra de hablar en nombre propio, de usar del «satánico yo»... y haber de combinar en cierto modo los sucesos extraños que relata con su propia modestísima biografía».

La diferencia entre autobiografías y memorias es, pues, fácilmente comprobable en los propios textos. No obstante quiero insistir en que he escogido los ejemplos que estarían en los extremos un arco iris, entre los cuales no se da un corte, sino un *continuum* de gamas, matices y tonalidades en ocasiones difíciles de distinguir.

Para terminar estas consideraciones, volveré —aunque desde otra perspectiva— a uno de los problemas fundamentales de estos géneros, el problema del autor.

«Estamos muy lejos de pensar que han de ser los escritores y los hombres públicos —y sólo los escritores y los hombres públicos— los encargados de redactar los libros de memorias. Un zapatero que haya sido testigo de algo interesante o curioso puede escribir un libro de memorias que no le vaya a la zaga, en importancia al del poeta, al del novelista o al del político. Un sargento, un torerillo de plaza sin enfermería, un músico callejero que quiere hablar con sinceridad de lo que ha visto —si ha visto algo—, nos puede dar más luz sobre un momento determinado que diez gruesos y farr-

¹² La primera edición es de 1944. Yo cito por la de 1976, pp. 33, 69, 81 y 143.

gosos tratados de historia». No aduzco esta larga cita de C. J. Cela (1979, 12) para plantear nuevamente la importancia histórica y el valor literario de estas obras, sino para contrastar esta opinión con la de críticos como la del citado Ph. Lejeune. Ya vimos la situación central que ocupaba en su planteamiento la triple identidad autor-narrador-personaje principal. Pues bien, Lejeune explica que la clave de la identificación del autor con el narrador y el personaje, está en el *yo* de la narración. El *yo*, como pronombre, no tiene —en el sistema— un contenido semántico fijo, sino que se refiere a muy diversos contenidos según las circunstancias o contextos en que aparece. Estos contenidos no son las personas reales, sino los nombres propios que las designan. En el nombre propio se resume, pues, la existencia de lo que se llama el «autor». El autor es una persona que escribe y publica. Para el lector, que no conoce la persona real aunque crea en su existencia, el autor es imaginado a partir del discurso que produce. Por eso, dice Lejeune, «peut-être n'est-on véritablement auteur qu'à partir d'un second livre». Entonces el nombre propio es ya factor común de varios textos diferentes, lo que da la idea de una persona que no es reducible a ninguno de esos textos. Y concluye: «Ceci... est très important pour la lecture des autobiographies: si l'autobiographie est un premier livre, son auteur est donc uninconnu, même s'il se raconte lui-même dans le livre: il lui manque aux yeux du lecteur, ce signe de réalité qu'est la production antérieure *d'autres textes* (non autobiographiques)... Il (l'auteur) tire sa réalité de la liste de ses autres ouvrages qui figure souvent en tête du livre: Du même auteur» (1973, 145).

De aquí parece que es lícito concluir que sólo se da un pacto autobiográfico —fundamento de la autobiografía como género— cuando la identidad autor-narrador-personaje confluye en una personal real. Pero esto sólo sucede cuando ese autor ha publicado más de un texto, al menos desde la perspectiva del lector. Es entonces cuando el autor cobra realidad. Por lo tanto, no se podría hablar en rigor de autobiografías en los casos en que sean las primeras (únicas) obras de un autor. Igual sucedería con las memorias.

Me da la impresión de que el rigor analítico ha conducido al crítico francés a extremos que no me parecen aceptables. El autor puede devenir «real» para el lector por otros caminos extraliterarios. No creo en absoluto que sea necesaria la existencia de otros textos para que el autor de una autobiografía (o memorias), sea identificado plenamente por el que la lee, como autor y con existencia real. Aplicando el criterio de Lejeune a quienes no son escritores profesionales, difícilmente se les podrá reconocer la posibilidad de ser autores de autobiografías o memorias. La experiencia nos dice lo contrario, y no hay dificultad para que el zapatero de Cela escriba sus memorias y sea

reconocido como autor de ellas. Esto es evidente en el caso —nada infrecuente— de hombres que desarrollaron una actividad pública y que en un momento dado escriben sus recuerdos. Los ejemplos serían numerosos dentro de los políticos, y en personas conocidas por otros motivos: las memorias de Pepe Rubio, de Rivel, y más recientemente las del Lute.

Hay sin embargo algunos casos en los que la limitación de Lejeune parece tener fundamento. Me refiero a las memorias de personas total o casi totalmente desconocidas, de las que también hay suficientes muestras. Entonces sí se nos puede plantear la duda sobre la realidad del autor. Abrimos el libro y leemos: «Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral, natural de Salamanca, fingido Cardenal de Borbón en Francia, escrita por él mismo». A pesar de las líneas iniciales del «editor», J. V., ¿se puede aceptar la identidad entre autor, narrador y protagonista? Pero, ¿quién es en realidad el «yo» que habla, que narra? ¿Quién es en realidad el autor? Cualquier lector actual (y quizás también el coetáneo) desconocerá la identidad real del sargento Mayoral: no tiene como «signo de realidad» otras obras, y tampoco es un personaje conocido por motivos extraliterarios. En esta situación siempre cabe la duda de si estamos ante una narración en forma autobiográfica, pero que cuenta una vida ficticia, o si nos encontramos con una verdadera autobiografía (o memorias). Dudamos si estamos ante un nuevo coletazo de la picaresca, o si son los recuerdos de la vida real de un tal sargento Francisco Mayoral, escritos por él mismo, como se nos promete.

La resolución eficaz de esta duda ha de pasar, creo, por la comprobación de los datos históricos que aparecen en la obra, y de la propia existencia histórica del autor. De cara al lector, esta situación de duda es similar a la que contempla Lejeune en el caso de que el autor sea anónimo. Una de las soluciones que propone es exactamente la anterior: «Si la disparition du nom de l'auteur est due à un phénomène accidentel... de deux choses l'une: ou bien à un endroit quelconque du texte, le narrateur se nomme, et *une recherche historique élémentaire* permet de savoir s'il s'agit d'une personne réelle, étant donné que par définition une autobiographie raconte une histoire datée et située...» (1973, 152) (el subrayado es mío). En esta situación hipotética Lejeune admite que sean los datos extratextuales y extraliterarios quienes avalen la realidad del autor, y por lo tanto, la existencia misma de una autobiografía. No veo, entonces, por qué este criterio ha de circunscribirse al hipotético caso de una obra accidentalmente anónima, y no tener validez en otras ocasiones, para las cuales se postula como «documento de identidad», de realidad, del autor la necesidad de que bajo su firma se reúna una serie de obras anteriores.

No sería lícito estampar el prometido punto final pasando por alto el problema más frecuentemente tratado en la escasa crítica en torno a las memorias y autobiografías españolas. Ya vimos que era opinión general, corroborada en mi trabajo citado, señalar la escasa producción que de estos géneros había en nuestra literatura, en comparación con la de otros países. Pues bien, una comparación no es un fin en sí misma. Requiere una interpretación: ¿por qué hay menos autobiografías¹³ en España que en otros países? Por lo que me consta, desde el siglo XIX se toma conciencia del hecho y se intenta explicarlo.

Las explicaciones más abundantes se centran en el carácter, la manera de ser del español: individualismo, orgullo, miedo al ridículo, tristeza (frente a alegría) de vivir, dificultad para el diálogo... son rasgos al parecer definidores de ese carácter. Algunos se aventuran más, y dotan de una base biológica al pretendido carácter español, hablando de raza hispánica¹⁴. En mi opinión, estas explicaciones psicologistas no explican nada. Son más bien un recurso bastante fácil que puede utilizarse para «explicar» no sólo la escasez de la literatura autobiográfica, sino todo lo que nos venga en gana. El español es «así», y ya está todo explicado, comprendido, clarificado. Como dice A. Prieto, «el carácter nacional podrá ser fórmula aceptable cuando se le entiende como resultante y no como núcleo originario de un modo de ser colectivo» (1966, 13).

Otro camino siguen quienes, como el autor citado y E. Suárez-Galbán (1973), intentan una explicación a partir de las tesis de A. Castro. E. Suárez-Galbán señala los puntos centrales que deberían investigarse en este sentido:

a) La facilidad con que, debido al contagio de la cultura arábiga, el hombre español logra proyectar su intimidad hacia una esfera sobrenatural.

b) Por la lucha entre castas y la imposición guerrero-cristiana, el español huye de la «opinión», no comparte su intimidad. Sólo quedan dos huecos para la autobiografía: la autobiografía inédita, que se escribe sin intención de que salga a la luz; y el disfraz autobiográfico, es decir, impregnar de autobiografía otros géneros (novela). En definitiva, «la elección autobiográfica estuvo (para los europeos) más accesible que para los españoles, por ser en el resto de Europa menos perjudicial la autorrevelación desde un punto de vista social» (35).

¹³ No es excesivo sospechar que pasa lo mismo con las memorias, sobre todo si dejamos a un lado las justificativas y de guerra.

¹⁴ Benavente (1962), Lafuente Ferrari (1944), Ortega y Gasset (1927), editorial de la *Rev. de Literatura* citada, etc.

c) La actitud semítica ante el libro que lleva a la no distinción entre la palabra y la vida, por lo que cualquier tipo de obra literaria puede satisfacer la necesidad de autobiografiarse.

Si las primeras explicaciones resultaban inaceptables, la que ahora acabo de resumir se apoya en una interpretación de la historia que por más que haya servido en ocasiones para iluminar tanto aspectos históricos como literarios, no está a salvo de enconadas polémicas y refutaciones globales.

Así las cosas, creo que es más urgente —y eficaz— el seguir estudiando los aspectos literarios, los problemas textuales que plantean las memorias y autobiografías españolas, que perseguir «esencias» del carácter hispano o peculiaridades de nuestra historia que puedan dar cuenta de su escasez.

BIBLIOGRAFIA ¹⁵

- ALCALA GALIANO, A., *Recuerdos de un anciano*. Madrid, 1878.
- ARTOLA, M., ed. y estudio preliminar en *Memorias de tiempos de Fernando VII*, B.A.E., 97-98, Madrid, 1957.
- BARRAL, C., *Años de penitencia*. Alianza, Madrid, 1975.
- BEAUJOUR, M., "Autobiographie et autoportrait", en *Poétique*, 32 (1977) 442-458.
- BENAVENTE, J., *Recuerdos y olvidos (Memorias)*. Madrid, 1962, 2.^a.
- BLANCO WHITE, J., *The Life of Reverend Joseph Blanco White, written by himself with portions of his correspondence*. (Ed. de John Hamilton Thom), Londres, 1845. A. GARNICA ha editado recientemente bajo el título *Autobiografía de Blanco White*. Sevilla, Univ. de Sevilla, 1975, la primera parte ("Narración de su vida en España e Inglaterra").
- BRUSS, E., "L'autobiographie considérée comme acte littéraire", en *Poétique*, 17 (1974) 14-26.
Autobiographical Acts. The Changing Situation of a Literary Genre. Baltimore and London, John Hopkins Un. Press, 1976.
- CELA, C. J., *La Cucaña. La Rosa*. Barcelona, 1959. El título completo del primer tomo del primer "tranco" de sus memorias es: Tranco primero. Infancia dorada. Pubertad siniestra. Primera juventud. Libro primero: La Rosa. La 2.^a ed. se titula únicamente *La Rosa*, Barcelona, Destino, 1979.
- CEVALLOS, P., *Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España y los medios que el emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla*, por Don, primer secretario de Estado y del despacho de S. M. C. Fernando VII. Madrid, 1808. (Ed. moderna en ARTOLA).
- CORPUS BARGA (seud. de Andrés García de la Barga). *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos*. 1. *Mi familia. El mundo de mi infancia*. Buenos Aires, EDHASA, 1963; 2. *Puerilidades burguesas*. Id., 1964; 3. *Las Delicias*. Id., 1967; 4. *Los galgos verdugos*. Madrid, Alianza, 1973. Hay otra edición de 1979, de Alianza, que desvaloriza la anterior de EDHASA, con fragmentos censurados.
- Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España (1936-1939)*. Serie 3. Univ. de Madrid, Madrid, 1967. (Tres volúmenes dedicados a las memorias).

¹⁵ Recojo únicamente las obras citadas en el texto.

- ESCOQUIZ, J. de, *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje del Rey Don Fernando VII a Bayona en el mes de abril de 1808*, dada al público de España y de Europa por el Excmo. Sr. D. Juan, para su justificación... Madrid, 1814. (Ed. moderna en ARTOLA).
Memorias (1807-1808). Publicadas por A. Paz y Melia. Madrid, 1915.
- ESCOSURA, P. de la, *Memorias de un coronel retirado*. Madrid, 1868.
- ESTEVANEZ, N., *Fragmentos de mis memorias*. (Recuerdos de los años 1838-1878). Madrid, 1903.
- FERNAN CABALLERO (seud. de Cecilia Böhl de Faber), *La Gaviota*. (ed. de J. Alcina Franch) Barcelona, Clásicos y Ensayos, 1974.
- FERNANDEZ FLOREZ, D., *Memorias de un señorito*. Madrid, 1956.
- HART, F. R., "Notes for an Anatomy of Modern Autobiography", en *New Literary History*, 1 (1970) 485-511.
- HOWARTH, W. L., "Some principles of Autobiography", en *New Literary History*, V, 2 (1974) 363-381.
- JAUSS, H. R., *La literatura como provocación*. Barcelona, Península, 1976.
Pour une esthétique de la réception. Paris, Gallimard, 1978.
- LAFUENTE FERRARI, "Las Memorias de Dr. Rubio y unas anécdotas de Gallardo", en *Rev. de Bibliografía Nacional*, V (1944).
- LEJEUNE, Ph., *L'autobiographie en France*. París, Colín, 1971.
"Le pacte autobiographique", en *Poétique*, 14 (1973) 137-162.
"Autobiographie et histoire littéraire", en *Rev. d'Histoire Littéraire de la France*, 75, 6 (1975) 903-936. Estos dos artículos se recogen en el libro siguiente:
Le pacte autobiographique. París, Seuil, 1975.
Je est un autre. L'autobiographie, de la littérature aux medias. París, Seuil, 1980.
- MAYORAL, F., *Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral natural de Salamanca, fingido Cardenal de Borbón en Francia*. Zaragoza, 1844.
- MESONERO ROMANOS, R. de, *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid*. 1808-1850. Madrid, 1880. Ed. aumentada, Madrid, 1881. Cito por la ed. de Tebas, Madrid, 1975.
- MISCH, G., *Geschichte der Autobiographie*. Frankfurt, 1949-1969. 8 vols. Hay traducción inglesa, *A History of Autobiography in Antiquity*. Londres, 1950, 2 vols. (sólo los dos primeros tomos).
- MONTES, M. J., *La guerra española en la creación literaria. (Ensayo bibliográfico)*. Anejos de *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España (1936-1939)*. 2. Madrid, Univ. de Madrid, 1970.
- MORENO VILLA, J., *Vida en claro. Autobiografía*. México, 1944. Cito por la ed. de F. C. E., Madrid, 1976.
- ORTEGA Y GASSET, J., "Sobre unas memorias" en *Espíritu de la letra*. 1927. Recogido en el tomo II de las *Obras Completas*, Madrid, Rev. de Occidente, 1947.
- ORUETA, J. de, *Memorias de un bilbaíno (1870 a 1900)*. 1929. Hay una 2.ª ed. corregida y aumentada, de 1952.
- PASCAL, R., *Design and Truth in Autobiography*. Cambridge, Harvard Univ. Press, 1960.
- PEREZ ESCRICH, E., *El frac azul. Episodios de un joven flaco*. Madrid, 1864.
- PEREZ GALDOS, B., *Trafalgar*. Madrid, Alianza, 1976.

- POPE, R., *La autobiografía española hasta Torres Villarroel*. Frankfurt-Berne, Lang, 1974.
- PRIETO, A. de, *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires, 1966.
- RIVEL, Ch. (seud. de José Andreu Lassene), *Pobre Payaso*. Barcelona, 1973.
- ROMERA CASTILLO J., "La literatura signo autobiográfico", en el vol. coordinado por él: *La literatura como signo*. Madrid, Playor, 1981.
- RUBIO, Pepe (seud. de José Rubio Navajas), *Mis memorias*. Madrid, 1927.
- SEBOLD, R. P., *Novela y autobiografía en la "Vida" de Torres Villarroel*. Barcelona, Ariel, 1975.
- SERRANO Y SANZ, M., *Autobiografías y memorias, coleccionadas por*, Madrid, NBAE, 1905.
- SOLDEVILA, I., *La novela desde 1936*. Madrid, Alhambra, 1980.
- SUAREZ-GALBAN, E., "La Autobiografía en España. (Más reflexiones hacia el orientalismo)", en *Sin Nombre*, III, 3 (1973) 26-37.
La "Vida" de Torres Villarroel: literatura anticiparesca, autobiografía burguesa. Valencia, Univ. of North Carolina. 1975.
- TORRE, G. de, "Memorias, Autobiografías y Epistolarios", art. fechado en 1967, y que recoge en *Doctrina y estética literaria*. Madrid, Guadarrama, 1970.
- TORRES VILLARROEL, D. de, *Vida. Ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*. (Ed. de Guy Mercadier), Madrid, Castalia, 1972. (Primera ed. completa de 1799).
- UNAMUNO, M. de, *Recuerdos de niñez y de mocedad*. Madrid, 1908.
En el destierro (Recuerdos y esperanzas). Madrid, 1957.
Mi vida y otros recuerdos personales. (Recopilación y prólogo de M. García Blanco). Buenos Aires, 1959, 2 vols.
- VALERO DE TORNOS, J., *Crónicas retrospectivas. (Recuerdos de la segunda mitad del siglo XIX)*. Madrid, 1901.

